

Luis de Camões (1524-1580), poeta épico portugués



Os Lusíadas (*Los lusíadas*, *Los lusitanos*, *Los hijos de Luso*, 1572) fue considerada justamente como una **obra maestra** de la **épica** hecha una vez que ésta había perdido su prestigio. **Luis Vaz de Camões** (¿Lisboa?, 1524- Lisboa, 1580) fue un gran poeta tanto en **español** como en **portugués**. Combatió en **Ceuta**, estuvo en la cárcel por una riña callejera. En 1553 se fue a la **India**, a la administración colonial en **Goa**. Después estuvo también en **África**, en las colonias. Volvió a **Lisboa** en 1570 y dedicó *Os Lusíadas* al **rey don Sebastián**, con lo que obtuvo una pequeña **pensión**. Sus **viajes de ultramar** le sirvieron para que en su obra se dedicase a celebrar el origen y esplendor del imperio portugués a través de las conquistas de **Vasco da Gama** y sus sucesores. Mantiene la tramoya mitológica y las convenciones de la epopeya clásica, con sus descripciones, profecías, largos parlamentos, etc., pero sobre todo consigue un gran brío épico para su obra, una gran variedad de episodios y perspectivas y una obra de imaginación.

Múdanse tiempos, mudan voluntades,
múdase el ser, se muda la confianza,
todo el mundo es compuesto de mudanza,
tomando siempre nuevas cualidades,
constantemente vemos novedades
contrarias al deseo y la esperanza;
nunca el recuerdo los crueles lanza;
quedan del bien, si le hubo, las saudades.

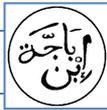
El tiempo cubre con florido manto
el suelo de cubrió la nieve fría,
y, en mí, convierte en lloro el dulce canto;
y ahora hace este mudarse cada día
una mudanza de mayor espanto:
el no mudarse ya como solía.
(Traducción de José María de Cossío)

OS LUSÍADAS

Canto I, estancias 1 a 10

Las armas y varones distinguidos,
Que de Occidente y playa lusitana
Por mares hasta allí desconocidos,
Pasaron más allá de Taprobana;
Y en peligros y guerra, más sufridos
De lo que prometía fuerza humana,
Entre remota gente, edificaron
Nuevo reino, que tanto sublimaron:
Y también los renombres muy gloriosos
De los Reyes, que fueron dilatando
El Imperio y la Fe, pueblos odiosos
Del África y del Asia devastando;
Y aquellos que por hechos valerosos
Más allá de la muerte van pasando;
Si el ingenio y el arte me asistieren,
Esparciré por cuantos mundos fueren.
Callen del sabio griego, y del troyano,
Los grandes viajes, conque el mar corrieron;
No diga de Alejandro y de Trajano
La fama las victorias que obtuvieron;
Y, pues yo canto el pecho lusitano,
A quien Neptuno y Marte obedecieron,
Ceda cuanto la Musa antigua canta,
A valor que más alto se levanta.
Vosotras, mis Tajides, que creado
En mí habéis un ingenio, nuevo, ardiente;
Si siempre, en verso humilde, celebrado
Fue por mí vuestro río alegremente.,
Dadme ahora un son noble y levantado,
Un estilo grandilocuo y fluyente,

Con que de vuestras aguas diga Apolo,
Que no envidian corrientes del Pactolo.
Dadme una furia grande y sonora,
Y no de agreste avena ó flauta ruda:
Más de trompa canora y belicosa,
Que arde el pecho, y color al rostro muda:
Canto digno me dad de la famosa
Gente vuestra, á quien Marte tanto ayuda:
Que se extienda por todo el universo,
Si tan sublime asunto cabe en verso.
Y vos, joh bien fundada aseguaranza,
De la luseña libertad antigua,
Y no menos ciertísima esperanza
De la extensión de cristiandad exigua!
Vos, miedo nuevo de la Maura lanza,
En quien hoy maravilla se atestigua,
Dada al mundo por Dios, Rey sin segundo,
Para que a Dios gran parte deis del mundo:
Vos, tierno y nuevo ramo floreciente
De una planta, de Cristo más amada
Que otra alguna nacida en Occidente,
Cesárea, ó Cristianísima llamada:
Mirad el vuestro escudo, que presente
Os muestra la victoria ya pasada,
En el que os dio, de emblemas por acopio,
Los que en la Cruz tomó para sí propio:
Vos, poderoso Rey, cuyo alto imperio
El primero ve al sol en cuanto nace,
Y en el medio después del hemisferio,
Y el último, al morir, saludo le hace:



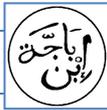
Vos, que yugo impondréis y vituperio
Al jinete ismaelita y duro Trace,
Y al turco de Asia y bárbaro gentío,
Que el agua bebe aún del sacro río:
Breve inclinad la majestad severa
Que en ese tierno aspecto en vos contemplo,
Que luce ya, como en la edad entera,
Cuando subiendo iréis al arduo templo;
Y ora la faz, con vista placentera,
Poned en nos: veréis un nuevo ejemplo

De amor de patrios hechos valerosos,
Sublimados en versos numerosos.
Amor veréis de patria, no movido,
De vil premio, mas de alto casi eterno;
Que no es un premio vil ser conocido
Por voz que suba del mi hogar paterno.
Oíd; veréis el nombre engrandecido
Por los de quienes sois señor superno,
Y juzgaréis lo que es más excelente,
Si ser del mundo Rey, o de tal gente.

OS LUSÍADAS – Episodio de Inés de Castro
Canto III, estancias 118 a 135

«Alcanzada tan próspera victoria,
Y vuelto Alfonso a portuguesa tierra,
A disfrutar en paz de tanta gloria
Como supo ganar en dura guerra,
El caso triste y digno de memoria,
Que á huésped del sepulcro desentierra
Aconteció de mísera y cuitada,
Que fue después de muerta coronada.
«¿Quién será, ciego dios, que de ti huya,
Y de tu dulce ley, que á tanto obliga?
Tú causaste la odiosa muerte suya,
Tratándola cual pérfida enemiga.
Si dicen, fiero Amor, que la sed tuya
Ni con lágrimas tristes se mitiga,
Es porque quieres, con maldad tirana,
Tus aras empapar en sangre humana.
«Te hallabas, bella Inés, quieta en sosiego,
De tus años cogiendo el blando fruto,
Del alma en el engaño dulce y ciego
(Que la dicha no dura, como el luto)
En el florido campo del Mondego,
Del cristal de tus ojos nunca enjuto,
A las plantas diciendo y flores nuevas
El nombre que en el pecho escrito llevas.
«De tu Príncipe allí te respondían,
Los recuerdos que en su alma dominaban;
Que siempre ante sus ojos te traían,
Cuando ausentes los tuyos del estaban,
De noche, dulces sueños que mentían,
De día pensamientos que volaban;
Siendo, en fin, todo sueño y pensamiento,
Sola ocasión de dicha y de contento.
«De Princesas y damas mil hermosas
Él los preciados tálamos no acepta,
Que no halla fino amor prendas preciosas,
Sino en el caro bien que nos sujeta.
Viendo estas raras muestras amorosas
El noble padre anciano, que respeta
El murmurar del pueblo ante el capricho
De no casarse, que el doncel le ha dicho:
«Sacar á Inés del mundo determina,
Para sacarle al que ella tiene preso,
Creyendo, con matar á la mezquina,
Sanar de amor el incurable acceso.
¿Qué furor hizo que la espada fina
Que pudo sustentar el grave peso
Del mauritano esfuerzo, fuesealzada
Contra una flaca hembra delicada?
«Los sayones llevábanla feroces
Ante el Rey, que ya pio se conduele:

Mas el pueblo con bárbaras y atroces
Razones, á que muera le compele.
Ella con ruegos y afligidas voces
Salidas del recuerdo que la duele,
Del amante y los hijos que dejaba,
Que más que no la muerte, la apenaba:
«Al cielo cristalino levantando
Los ojos, con las lágrimas piadosos;
Los ojos, que las manos le va atando
Uno de los ministros rigurosos;
Y á los pequeños luego contemplando,
Que tan tiernos criaba y tan mimosos,
Cuya orfandad más que el morir temía,
Vuelta al cruel abuelo, así decía:
«Si va en las brutas fieras, cuya mente
¡Natura hizo feroz de nacimiento,
Y en las aves, que ponen solamente
En la aérea rapiña el pensamiento,
Con tiernos rapazuelos vio la gente
Despertarse piadoso sentimiento,
Como ya con Semíramis mostraron,
Y con los dos que á Roma edificaron:
«Tú, que de humano tienes voz y aspecto
(Si de humano es matar una doncella
Flaca y débil, por solo haber sujeto
El corazón del que logró vencella),
De estas pobres criaturas ten respeto,
Ya que no de la oscura muerte de ella:
Muévate la piedad de su agonía,
Pues no te mueve la no culpa mía.
«Y si, venciendo Alarbe resistencia,
La muerte sabes dar con fuego y fierro,
Sabe también dar vida con clemencia,
A quien para perderla está sin yerro;
O si merece tanto esta inocencia,
Pónme en perpetuo y mísero destierro,
Allá en la Escitia helada, ó Libia ardiente,
Donde en lágrimas viva eternamente,
«Ponme do más se usare fuerza dura,
Entre pardos y tigres, y veremos
Si alcanzamos entre ellos la blandura
Que entre pechos humanos no podemos.
Allí la voluntad puesta y ternura
En aquel por quien muero, criaremos
Estas reliquias tuyas que aquí viste;
Que consuelo serán de madre triste.»-
«Perdonarla quería el, Rey benigno,
Sensible á las palabras que la abonan;
Mas el pueblo tenaz y su mal signo
Que lo quieren así, no la perdonan.



Las hojas sacan del acero indigno
Los que el hecho por bueno allí pregonan,
¿Contra una dama? ¡Oh pechos carniceros?
¡Así valientes sois y caballeros!

«Como contra la linda Polixena,
Amor postrero de la madre anciana,
Porque la Aquilea sombra la condena,
Pirro apresta el acero y furia insana;
Y ella los ojos con que el mar serena,
Cual mansa oveja que á morir se allana
Vuelve a la triste madre que flaquece,
Y al sacrificio bárbaro se ofrece:

«Tal contra Inés los crudos matadores
En el cuello y marfil, que sostenía
Las obras con que amor mató de amores
Al hombre que después Reina la haría,
Hundiendo el hierro entre las blancas flores
Que el llanto del dolor regado había,
Se encarnizaban torpes y furiosos,
Del futuro castigo no cuidadosos.

«Bien pudieras ¡oh sol! del caso reo
Tus ojos apartar corno aquel día

Cuando Tieste, en el festín de Atreo,
De sus hijos los miembros se comía.
Cóncavos valles que gemisteis, creo,
La voz extrema de su boca fría,
El nombre de su Pedro que la oísteis,
Por espacio muy largo repetisteis.

«Como pura azucena que cortada
Antes de tiempo fue cándida y bella,
Siendo entre los cabellos maltratada
Por mano esquiva de vivaz doncella,
Pierde aroma y color ya marchitada,
Tal muerta está la Lusitana estrella:
Secas las puras rosas, y perdida
La luz del rostro con la dulce vida.

«Las hijas del Mondego ¡oh noche oscura!
Llorando sin cesar te recordaron;
Y para alta memoria, en fuente pura
Las lágrimas lloradas trasformaron:
El nombre le pusieron, que aún le dura,
De «Las Cuitas de Inés» que allí pasaron;
Y de esa fuente, hoy vida de las flores,
Son lágrimas el agua, el nombre *Amores*.